

a vueltas con la posmodernidad (I): los rasgos de la sensibilidad posmoderna

A. Jiménez Ortiz

¿Que es la posmodernidad?

Desde el inicio de esta reflexión debemos reconocer que no existe una definición clara y unánime del fenómeno posmoderno¹. Creemos que se trata de una tendencia cada vez más influyente desde el punto de vista cultural, vivida como una especie de talante, como un estado de ánimo. Junto al debate filosófico, con sus diferencias y matizaciones, de J.-F. Lyotard, J. Baudrillard, J. Derrida, G. Lipovetsky, G. Deleuze, G. Vattimo, P. Sloterdijk, R. Rorty, J. Habermas etc.² con su propio carácter teórico y elitista, vamos detectando a nivel de calle una sensibilidad que con sus rasgos peculiares nos descubre el pensar y, sobre todo, el sentir de amplios sectores sociales en Occidente, y también en España: las canciones de los

¹Es nuestra intención tratar este tema en dos partes. En el presente artículo analizamos las características de la posmodernidad y en el siguiente trabajo pretendemos ofrecer la respuesta de la fe y de la teología a los interrogantes que plantea.

²En su momento oportuno iremos aludiendo a los pensadores españoles que se mueven en el ámbito de la posmodernidad o que reflexionan sobre ella. Pero hay que reconocer que a nivel internacional no han tenido hasta ahora una resonancia especial, aunque no compartimos la opinión de Fernando Castelló (*Tiempos posmodernos*: El País 30-I-1985, pp. 9-10) que reduce el fenómeno social de la posmodernidad en España, de una forma irónica, a aspectos simplemente anecdóticos y llamativos, sin una dimensión intelectual.

años ochenta, con las letras, por ejemplo, de Joaquín Sabina, en su última etapa, la filmografía de Pedro Almodóvar, las creaciones de ciertos modistas de éxito, la actitud de indiferencia e ironía frente a los compromisos sociales, políticos o religiosos en ámbitos juveniles . . . son indicadores del nuevo estilo que se va expandiendo.

El adjetivo “posmoderno” en su ambigüedad³ nos puede impedir una precisión mayor a nivel nocional, pero al menos nos sugiere los síntomas del nuevo tono vital. El concepto de posmodernidad, que surge en el campo de la arquitectura como el intento de combinar técnicas modernas con formas antiguas⁴, ha sido utilizado en la discusión filosófica para expresar la toma de conciencia de las contradicciones y aporías de la modernidad. Para J. M. Mardones, desde la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, la posmodernidad es la modernidad que ha llegado a descubrir su propio autoengaño, y así podría señalar sus contenidos y sus límites para reformular sus propuestas⁵. Sin embargo G. Vattimo va más lejos:

“En efecto, el *post* de posmoderno indica una despedida de la modernidad que, en la medida en que quiere sustraerse a sus lógicas de desarrollo y sobre todo a la idea de la ‘superación’ crítica en la dirección de un nuevo fundamento, torna a buscar precisamente lo que Nietzsche y Heidegger buscaron en su peculiar relación “crítica” respecto del pensamiento occidental.”⁶

Por su parte J.-F. Lyotard, que inició el debate último sobre la posmodernidad en 1979 con su obra *La condición postmoderna*, afirma en 1986: “El posmodernismo así entendido no es el fin del modernismo sino su estado naciente, y este estado es constante.”⁷

³ Así afirma Lyotard en *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona 1987, p. 41: “Por esta razón, bajo la palabra *posmodernidad* pueden encontrarse agrupadas las perspectivas más opuestas.” Y en pp. 11-12 señala algunos ejemplos de esta confusión. Y de la misma opinión es G. Lipovetsky: “(...) la noción indiscutiblemente equívoca de

⁴ Cf. CH. JENCKS, *El lenguaje de la arquitectura postmoderna*, México 1980.

⁵ Cf. J. M. MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander 1988, pp. 10-11, 31, 74-75, 78. En *Modernidad versus Postmodernidad*, en: J. PICO (ed.), *Modernidad y Postmodernidad*, Madrid 1988, p. 95, se pregunta J. Habermas: “(...) ¿deberíamos intentar aferrarnos a las intenciones de la Ilustración, por débiles que sean, o deberíamos declarar que todo el proyecto de la modernidad es una causa perdida?.” Su respuesta la tenemos en *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid 1989.

⁶ G. VATTIMO, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona 1986, p. 10.

⁷ J.-F. LYOTARD, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, p. 23. El original francés aparece en 1986.

Pero no queriéndose limitar a esta significación un poco mecanicista de la palabra, señala más adelante que lo posmoderno sería aquello que alega lo impresentable en lo moderno y en la presentación misma, que se niega a la consolación de las formas bellas⁸. Lo posmoderno intenta expresar la decadencia de la confianza que los occidentales de los dos últimos siglos han experimentado en el principio del progreso general de la humanidad⁹.

G. Lipovetsky eleva lo posmoderno al rango de una hipótesis global que describe el paso lento y complejo a un nuevo tipo de sociedad, de cultura y de individuo que nace del propio seno y en la prolongación de la era moderna. Por eso piensa que la posmodernidad invita a una interpretación en profundidad de la era moderna de la que salimos parcialmente, pero que, en muchos aspectos, prosigue su obra, a pesar de los que denomina paladines ingenuos de la ruptura absoluta. El tiempo posmoderno es la fase "cool" (tibia) y desencantada de la modernidad, la tendencia a la humanización a medida de la sociedad, el desarrollo de las estructuras moduladas en función del individuo y de sus deseos, la neutralización de los conflictos de clase, la disipación del imaginario revolucionario, la apatía creciente, la desustanciación narcisista ...¹⁰

Rasgos característicos de la posmodernidad

Con el peligro real de no lograr una descripción exacta de este fenómeno tan complejo, queremos sin embargo exponer los grandes rasgos que nos puedan ofrecer un perfil, lo más definido posible, de la sensibilidad posmoderna, a partir de reflexiones significativas, aportadas desde diversas posiciones y perspectivas en estos últimos años.

1. Fragmentación, diferencia y pluralismo: la pérdida del fundamento y la incredulidad ante los grandes relatos

⁸Cf. *ibid.* p. 25.

⁹Cf. *ibid.* p. 91. Y, comparando el esfuerzo de las vanguardias artísticas con una anámnesis en el sentido de la terapéutica psicoanalista que intenta elaborar a fondo el sentido propio de la modernidad, dice: "Comprendes que, entendido de esta manera, el "post-" de "posmoderno" no significa un movimiento de *come back*, de *flash back*, de *feed back*, es decir, de repetición, sino un proceso a manera de *ana-*, un proceso de análisis, de anámnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un 'olvido inicial'." (*Ibid.* p. 93). Posteriormente ha mantenido la misma idea: cf. las afirmaciones en las entrevistas *E se ci entusiasmassimo? Intervista con Jean François Lyotard di Omar Calabrese*, Panorama (2-XI-1986) 193, e igualmente en *Lyotard: la escritura de la disensión. Entrevista con Teresa Oñate Zubía*: Revista de Occidente n. 73 (1987) 120.

¹⁰Cf. G. LIPOVETSKY, o. c. pp. 79-80, 113-114.

El sujeto posmoderno se mueve entre fragmentos, perdido en el pluralismo inabarcable de los juegos de lenguaje, sometido a una avalancha continua de informaciones y estímulos, difíciles de estructurar. Pero la fragmentación posmoderna no es simplemente la exarcebación de la razón ya fragmentada de la modernidad, ni sólo la consecuencia de un pluralismo social agudizado. Para G. Vattimo, en su análisis de Nietzsche, la noción de verdad ya no subsiste y no hay ningún fundamento para creer en el fundamento. De la modernidad no se saldrá en virtud de una superación crítica que sería un paso dado en el interior, todavía, de la modernidad misma. Hay que buscar otro camino. No se trata de recurrir a valores "suprahistóricos" sino que se trata de vivir hasta el fondo la experiencia de la necesidad del error, se trata de vivir el errar con una actitud diferente, en un vagabundeo incierto¹¹.

En la versión de J.-F. Lyotard en 1979: cada uno de nosotros vive en la encrucijada de muchas valencias pragmáticas, vehiculadas por nubes de elementos lingüísticos narrativos. No formamos combinaciones lingüísticas necesariamente estables, y las propiedades, de las que formamos, no son necesariamente comunicables. El saber posmoderno afina nuestra sensibilidad ante las diferencias¹² y fortalece nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable. Radicaliza la situación pluralista actual, sin el sueño de una unidad hoy imposible. Los grandes relatos ya no tienen credibilidad, sean relatos especulativos o de emancipación. Incluso llega a afirmar Lyotard que para la mayoría de la gente ha desaparecido por sí misma la nostalgia del relato perdido¹³.

En palabras de X. Rubert de Ventós: hay que salir de la "modernidad dogmática", abandonando la convicción de que, a partir de los nuevos hechos y datos objetivos sobre el mundo, podemos construir una ideología, una práctica artística o una opción moral científicas y coherentes. Será preciso olvidarse de nuestras ideologías incommovibles¹⁴. Para Ana Lucas, profesora de estética, la posmodernidad como el barroco son intentos de búsqueda de soluciones en épocas de crisis. La melancolía barroca, fruto de la soledad

¹¹Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, pp. 147-150.

¹²Para un estudio de la noción de diferencia en la posmodernidad (a partir de Nietzsche y Heidegger) cf. G. VATTIMO, *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona 1986, especialmente las pp. 131-147. Señalamos como aportación decisiva para la noción de diferencia la obra de G. DELEUZE, *Diferencia y Repetición*, Madrid 1988, traducción hecha veinte años después de su publicación en Francia.

¹³Cf. J.-F. LYOTARD, *La condición postmoderna*, pp. 10-11, 73-78.

¹⁴Cf. X. RUBERT DE VENTOS, *Filosofía y/o política*, Barcelona 1984, p. 92.

del hombre frente a la muerte y de su conciencia de la fugacidad de la vida, se hermana con la fragmentación del sujeto posmoderno, inmerso en una sociedad evanescente y consumista, sometida al imperio de la mercancía y al riesgo del holocausto nuclear¹⁵. Según los pensadores posmodernos la fragmentación y el pluralismo son el destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes relatos y obsesionado por las diferencias. Pero la acentuación actual de las diferencias no es simplemente la reacción frente a épocas “unificadoras” pasadas, sino también la consecuencia producida por la existencia de campos que manifiestan distintas leyes de estructuración y funcionamiento que suscitan el desarrollo de una pluralidad de lógicas¹⁶. Y esto conlleva un proceso consciente de deconstrucción de los sistemas de pensamiento, de las racionalizaciones universalizantes, de la misma realidad que intentan explicar.

2. El fin de la historia: relativismo y provisionalidad

Si se ha perdido la fe en el progreso y en el sentido emancipador de la historia, si los grandes relatos han quedado deslegitimados, si no es posible el consenso social, no resulta extraño que J.-F. Lyotard conteste negativamente a la pregunta de si podemos continuar organizando la infinidad de acontecimientos que nos vienen del mundo, humano y no humano, colocándonos bajo la idea de una historia universal de la humanidad¹⁷.

Para G. Vattimo lo posmoderno se caracteriza no sólo como novedad respecto de lo moderno, sino también como disolución de la categoría de lo nuevo, como experiencia del “fin de la historia”, y no como un estadio diferente de la historia misma. Pero la experiencia de “fin de la historia” parece ampliamente difundida en la cultura del siglo XX, en la que surge continuamente la idea del “ocaso de Occidente”. Según Vattimo la posmodernidad no es el fin de la historia en este sentido catastrófico. Lo que caracteriza este fin de la historia en la experiencia posmoderna es el hecho de que, cuando en la teoría el concepto de historicidad se hace cada vez más problemático, en la práctica historiográfica y en su autoconciencia metodológica la idea de una historia como proceso unitario se disuelve y en la existencia concreta se instauran condiciones efectivas que le dan una especie de inmovilidad realmente no histórica. Nietzsche y Heidegger son considerados por Vattimo como los pensadores que echaron las bases para

¹⁵Cf. ANA LUCAS, *Estética y posmodernidad*: Crítica n. 759 (1988) 33.

¹⁶Cf. X. RUBERT DE VENTOS, *Las metopías. Metodologías y utopías de nuestro tiempo*, Barcelona 1984, p. 33.

¹⁷Cf. J.-F. LYOTARD, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, pp. 35-47.

construir una imagen de la existencia en esta situación de no historicidad, o mejor aún, de poshistoricidad¹⁸. La época actual, con el complejo mundo de los medios de comunicación a nivel planetario, ha hecho imposible paradójicamente una historia universal, porque los "centros" de historia se han multiplicado¹⁹. Sólo la modernidad, como la "era de Gutenberg", ha creado en el hombre las condiciones para vivir en la historia como sustentado por un curso unitario de los acontecimientos. Sin embargo, la "era de la televisión" ha hecho esa experiencia problemática, e incluso imposible. Para este pensador italiano el uso de los nuevos medios de comunicación ha llevado todo a una nivelación en el plano de la contemporaneidad y de la simultaneidad, que produce así una deshistorización de la experiencia²⁰.

En esta línea se mueve el pensamiento de J. Baudrillard con su estilo sugerente y, a veces, confuso: en la posmodernidad se han perdido el horizonte histórico, las coordenadas orientadoras, el sentido de la totalidad. La catarata de acontecimientos, creada por los medios de comunicación, nos anega en un presente sin marco de referencia, sólo superficie lisa, pantalla y red de comunicación²¹. Según este autor francés el sujeto de la metafísica sólo era hermoso en su orgullo, en su voluntad de poder, en su trascendencia de sujeto de la historia o en la dramaturgia de su alienación. Fuera de ahí no es más que un despojo lamentable enfrentado con su propio deseo o con su propia imagen, incapaz de administrar una representación coherente del universo, y sacrificándose sin sentido sobre el cadáver de la historia para intentar resucitarlo. Nadie es capaz hoy de asumirse a sí mismo como sujeto de poder, sujeto de saber, sujeto de la historia²². La clave está en vivir en

¹⁸Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, pp. 12-13. Considera que el concepto *post-histoire*, introducido por Arnold Gehlen en la terminología de la cultura, describe adecuadamente esta experiencia de la posmodernidad (Cf. *ibid.* pp. 14-15, 93-98). José Luis Pinillos opina que "Vattimo cree que el hundimiento de la cultura moderna es una consecuencia del desfondamiento del ser anunciado por Nietzsche y desvelado por la posmetafísica de Heidegger. La teoría es fascinante, desde luego, pero se queda corta de recursos frente a la complejidad de los hechos que ha de explicar" (*Muerte y transfiguración de lo moderno*: Saber Leer n. 11 (1988) 8).

¹⁹Cf. G. VATTIMO, *El fin de la historia*, pp. 16-17. En el artículo *El fin del sentido emancipador de la historia*, p. 13, afirma Vattimo: "La única filosofía de la historia que aún podemos profesar tras el fin de la filosofía de la historia (mito del progreso, de la revolución, etcétera) es la que toma como propio el fin de la filosofía de la historia."

²⁰Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, p. 17.

²¹Cf. J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, Barcelona 1984, p. 14. Cf. sobre el mismo pensamiento *ibid.* pp. 12-13, 25, 59-60, 68-69, 73; y en su obra *El otro por sí mismo*, Barcelona 1988, pp. 9-10, 73.

²²Cf. J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, p. 123. Sobre la pérdida del sujeto

el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro: el sentido histórico ha desaparecido²³.

Pero Vattimo se enfrenta al problema de la disolución de los horizontes históricos fuertes con una actitud más positiva: la cultura europea ha de ofrecer a las otras civilizaciones como propuesta emancipatoria, rica de significados y de consecuencias inexploradas, el descubrimiento de la multiplicación de los horizontes de sentido. En eso radica su paradójica superioridad. Y esto supone al mismo tiempo la perturbadora experiencia de la multiplicación indefinida de los sistemas de valores y de los criterios de legitimación²⁴.

Y para esta perturbadora experiencia la propuesta de Vattimo es un "pensamiento de la contaminación", que intenta la empresa hermenéutica sobre los múltiples contenidos del saber contemporáneo sin esperar conseguir una unidad de sistema filosófico dogmático, sino un saber explícitamente residual en una sociedad sin criterios absolutos²⁵, en donde el disenso, que propugna Lyotard, pueda producir, a lo más, consensos locales, obtenidos por los "jugadores" efectivos, y abiertos a eventuales rescisiones: así el contrato temporal suplanta de hecho las instituciones permanentes en cuestiones profesionales, afectivas, sexuales, familiares, culturales, internacionales, lo mismo que en los asuntos políticos²⁶. En el fondo se da una devolución, una delegación masiva de poder y de responsabilidad a los aparatos políticos o intelectuales, técnicos u operacionales. La publicidad, la información, la clase política están ahí para decirnos lo que queremos. Y, según Baudrillard, asumimos alegremente este desplazamiento masivo de responsabilidad porque, a fin de cuentas, no es evidente ni interesante saber, querer, poder, desear²⁷. Desde otra perspectiva G. Lipovetsky llega a la misma conclusión: el momento posmoderno explicita el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos y comportamientos pueden cohabitar sin excluirse. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple y ecologista como la vida hipersofisticada,

en el ambiente intelectual español, cf. X. RUBERT DE VENTOS, *De la modernidad. Ensayo de filosofía crítica*, Barcelona 1982, pp. 43-59; E. TRIAS, *La filosofía y su sombra*, Barcelona 1983, pp. 178-180.

²³Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* p. 51.

²⁴Cf. G. VATTIMO, *El fin del sentido emancipador de la historia*, p. 13.

²⁵Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, pp. 156-157.

²⁶Cf. J.-F. LYOTARD, *La condición postmoderna*, p. 118; *La posmodernidad (explicada a los niños)*, p. 86.

²⁷Cf. J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, pp. 102-103.

en un tiempo sin referencias estables ni coordinadas. Este hombre de la posmodernidad no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas²⁸.

La posmodernidad intenta hacer viable el vivir en una situación continuamente inestable, posibilitando un pensamiento tolerante sin valoraciones ni implicaciones, un pensamiento que acepta las diferencias y las múltiples perspectivas, porque, como dice José Luis Pinillos, la desmesura de este mundo, que además de haber perdido su principio tampoco tiene fin, porque su progreso es indefinido, aconseja aligerar el peso de las cosas y moderar también las ambiciones de los hombres²⁹.

3. ¿La estética sobre la ética?: individualismo, hedonismo, narcisismo

Si, según el pensamiento posmoderno, vivimos sumidos en la fragmentación existencial y cultural, en un pluralismo de horizontes de sentido, en los que sólo son posibles consensos locales y provisionales, ¿qué alternativa ética nos queda?.

Para Vattimo tanto la ética religiosa como la laica han estado sostenidas implícitamente por el valor del desarrollo: respetar al otro como un fin en sí mismo significa en realidad respetar su capacidad de tener un proyecto de futuro y realizarlo. Pero ¿cuál es la meta de este proyecto cuando las visiones de la historia, cristiana o positivista, marxista o idealista, han perdido su fuerza como posible fe unificante?³⁰:

“El desencanto del mundo (...) ya no consiste sólo en la eliminación de todo arbitrio divino (...); consiste también, especialmente en los decenios más recientes, en el fin de todo proyecto y normativa histórica totalizante, lo que significa además el fin de la ética, al menos en la forma que prevalentemente ha asumido en el pensamiento moderno”³¹.

El psicologismo permea la moral contemporánea tras la quiebra del proyecto ilustrado. Este pretendía construir una justificación racional de la moral que posibilitara un marco ético público, solidario y compartido. La moral está hoy fragmentada. El centro de la acción moral es ahora el Yo. Son

²⁸Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 41, 44.

²⁹Cf. J. L. PINILLOS, *o. c.* p. 9.

³⁰Cf. G. VATTIMO, *El fin del sentido emancipador de la historia*, p. 12.

³¹L. c.

las actitudes, sentimientos o preferencias del mismo lo que orienta la acción, y serán criterios puramente personales los que juzguen la misma. Habrá, por tanto, tantas reglas morales como necesidades tenga cada uno³². Como afirma Javier Sádaba, la moral actual ha de ser una moral de lo precario, o más exactamente de lo cotidiano³³, o, como dice Victoria Camps, sólo resulta posible hoy una "microética", pensada desde el escepticismo y la desorientación³⁴, constituida, según Miguel Angel Quintanilla, por propuestas concretas, formuladas tentativamente y para las que no hay que reivindicar ninguna garantía definitiva de acierto o de bondad³⁵.

¿Y cómo lograr entonces el consenso social? La estetización general de la vida a través de los medios de difusión hace posible el consenso y la instauración de un lenguaje común en lo social. Dicho de otra forma, esta función de organización del consenso es, para Vattimo, una función exquisitamente estética, según el sentido kantiano en el cual el placer estético se define como el deleite que se deriva de comprobar que uno pertenece a un determinado grupo (en Kant, la humanidad misma como ideal) que tiene en común la capacidad de apreciar lo bello³⁶. De hecho para el pensador italiano una característica del pensamiento débil de la posmodernidad es ser un "pensamiento de la fruición", que se oponga a la concepción funcionalista de la razón moderna. La ética de los imperativos ha de ser sustituida por una ética de los bienes³⁷:

"Será de esta forma, apoyándose en la ligereza de lo estético, como a la modernidad suceda una novedad menos arrogante, un después menos firme, que juegue y goce con el adelgazamiento del ser y la debilidad de los saberes, que entreabra las puertas de un lugar sin causas donde la libertad pueda volar."³⁸

¿Pero qué clase de libertad? El derecho a la libertad en el proyecto de la modernidad, en teoría ilimitado, pero en realidad circunscrito a lo económico, a lo político, al saber, se ha instalado en las costumbres y en lo cotidiano. La libertad se entiende hoy, en palabras de Helena Béjar, como

³²Cf. HELENA BEJAR, *La virtud del deseo*, El País (12-IV-1989), p. 11.

³³Cf. J. SADABA, *Saber vivir*, Madrid 1984, p. 117.

³⁴Cf. V. CAMPS, *La imaginación ética*, Barcelona 1983, pp. 34, 101.

³⁵Cf. M. A. QUINTANILLA, *A favor de la razón*, Madrid 1981, p. 87.

³⁶Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, pp. 52-53.

³⁷Cf. *ibid.* p. 155.

³⁸J. L. PINILLOS, *o. c.* p.8.

experimentación en un espacio abstracto y vacío de referencias comunitarias. Al ideal ilustrado de autonomía le sucede hoy la virtud psicologista de la autosuficiencia, más acorde con la fragmentación del orden social individualista y con la concepción de la libertad como experiencia propia de un universo moral en el que todo vale porque todo da lo mismo³⁹. Para Lipovetsky el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo, la aspiración más legítima de nuestros contemporáneos es vivir libremente sin represiones, escoger libremente cada uno su modo peculiar de existencia. Así la sociedad posmoderna promueve nuevos fines y legitimidades sociales: hedonismo, respeto por las diferencias, culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor, a la sinceridad, al psicologismo, a la expresión libre, dando una nueva significación a la autonomía personal mucho más allá del ideal que se fijó la era democrática autoritaria: vivimos una segunda revolución individualista⁴⁰.

Según Lipovetsky la discontinuidad posmoderna no empieza con tal o cual hecho cultural o artístico, sino con la preponderancia histórica del proceso de personalización individualista. La cultura posmoderna legitima la afirmación de la identidad personal de acuerdo con los valores de una sociedad personalizada en la que lo importante es ser uno mismo, en la que cualquiera tiene derecho a la ciudadanía y al reconocimiento social, en la que todas las opciones pueden cohabitar sin contradicción ni postergación. Así la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo, donde el átomo social se emancipa de las estructuras disciplinarias y revolucionarias, al diversificarse las posibilidades de elección, cuando se anulan los puntos de referencia y se destruyen los sentidos únicos y los valores superiores de la modernidad⁴¹.

Y surge un hedonismo personalizado, a escala humana, basado en un placer vaciado ya del contenido subversivo propio de la modernidad⁴², y banalizado en gran medida, que subraya, sobre todo, la vida convivencial

³⁹Cf. H. BEJAR, *La virtud del deseo*, p. 11.

⁴⁰Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 5, 7-8; H. BEJAR, *El ámbito íntimo (Privacidad, individualismo y modernidad)*, Madrid 1988, sobre todo pp. 141-231.

⁴¹Cf. *ibid.* pp. 11, 19-25, 42, 47-48, 109-110, 115, 124-125, 130, 217.

⁴²Daniel Bell considera al hedonismo como la justificación cultural del capitalismo, desde que éste abandonó la ética protestante (cf. *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid 1977, p. 33). Lipovetsky está de acuerdo con Bell sobre el lugar central que ocupa el hedonismo en la cultura moderna, pero le critica el no haber seguido las transformaciones que ha experimentado ese valor desde los años sesenta: Se ha pasado de un hedonismo "hot" a un hedonismo "cool" (Cf. *o. c.* pp. 84, 116-117).

y ecológica, el cuidado del cuerpo, el retorno a uno mismo⁴³. Así Lipovetsky, siguiendo a los sociólogos americanos, destaca el narcisismo como consecuencia y símbolo del paso del individualismo “limitado” al individualismo “total”. Pero este narcisismo no debe identificarse, según él, con la falta total de compromiso político, sino que más bien ha de entenderse como una “descripación” de las posturas políticas e ideológicas y como una sobrevaloración de las cuestiones subjetivas. Se trata de una trivialización de lo considerado en otros tiempos como superior lo que caracteriza a este narcisismo, no entendiéndolo como una simple desconexión de lo social y un repliegue en la intimidad solipsista. Por eso este narcisismo implica, al mismo tiempo, una especie de entusiasmo relacional, como lo demuestra la proliferación de agrupaciones y asociaciones: narcisismo colectivo, con una solidaridad de “microgrupo”, distanciado de los objetivos de la militancia política e ideológica, sensibilizado con objetivos existenciales concretos, que da primacía al acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, sumido en la indiferencia ante los contenidos⁴⁴.

En esta línea de “salvar” lo cotidiano se mueve la propuesta de Richard Rorty, desde su pragmatismo norteamericano, sostenido por el pensamiento posmoderno y el liberalismo tradicional: hay que meterse en lo concreto de la vida diaria, manteniendo la incredulidad ante los grandes relatos⁴⁵. Según J. Sádaba: desde la vida cotidiana expoliada hay que realizar una rebelión para recuperar unos placeres que han sido reemplazados por un dios empobrecido y seco. No hay más vida que la cotidiana y todo lo extraordinario que en ella se da, de ella procede y a ella conduce. Para defenderla el primer paso consiste en vivirla, porque no hay otra⁴⁶. Para Lyotard la clave está en hacer una “política de las micrologías” (marginación, minorías...), siguiendo en esto a Adorno, y, distanciándose en este caso de Rorty, sin caer en el pragmatismo ambiental que, bajo su apariencia liberal, no es menos hegemónico que el dogmatismo. Hay que trazar una línea de resis-

⁴³Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 19, 21-22, 24, 30, 42-43, 51, 53. Sobre el hedonismo en el ámbito del pensamiento español, cf. E. LLEDO, *El epicureísmo. una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Barcelona 1984.

⁴⁴Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 12-15, 23, 47, 49-53, 55, 58, 60-61, 62, 63, 66-67, 111, 112, 169-172, 200. Este diagnóstico del “individualismo narcisista” lo hace también J. Baudrillard con su peculiar estilo en *El otro por sí mismo*, pp. 31-37. Lyotard rechaza este narcisismo como intolerable (cf. *La posmodernidad (explicada a los niños)*, p. 38).

⁴⁵Cf. R. RORTY, *Habermas and Lyotard on Post-modernity*, Praxis International 4 (1984-1985) 42.

⁴⁶Cf. J. SADABA, *Saber vivir*, pp. 14-15, 37, 132, 154.

tencia contra ambos⁴⁷. Pero ¿cómo? Sumidos en la fragmentación cultural y existencial, parapetados en el individualismo narcisista, atraídos por el goce inmediato de las ofertas de la sociedad de consumo, ¿cómo lograr esa línea de resistencia frente al desfallecimiento de lo moderno? Parece que sólo queda para la mayoría de los posmodernos el humor y la ironía.

4. ¿El humor como defensa ante el desencanto?

G. Lipovetsky ha reflexionado detenidamente sobre el desarrollo generalizado del código humorístico en la vida cotidiana actual. Se trata de un humor sin pretensiones desestabilizadoras: en la publicidad o en la moda el humor no tiene víctima, sólo pretende crear una atmósfera eufórica a través de su propia insustancialidad⁴⁸. En realidad la actitud posmoderna está más ávida de animación desenvuelta y de personalización fantasiosa que de emancipación seria. Por eso opina este autor que Woody Allen, con su humor narcisista y posmoderno, hace reír, sin cesar en ningún momento de analizarse, presentando a sí mismo y al espectador el espejo de su Yo devaluado en su propio ridículo. El ego, la conciencia de uno mismo, es lo que se ha convertido en objeto de humor y ya no los vicios ajenos o las acciones descabelladas. La representación del otro a través de la moda toma un aspecto humorístico, porque pertenece a una lógica de lo inédito por lo inédito. No es desprecio, sino parodia⁴⁹.

El código humorístico posmoderno promueve una banalización de la seriedad de la realidad, compensando y disimulando con su hipertrofia lúdica la angustia cotidiana. Pretende de hecho vaciar la respetabilidad de los signos de la modernidad y despojarlos de su gravedad. Y así consigue una democratización de los discursos mediante su desustancialización y neutralización lúdicas⁵⁰:

“El humor *fun* (bromista) y desenfadado triunfa cuando la relación con el otro y con uno mismo se psicologiza o se vacía de contenido colectivo, cuando el ideal es establecer “contacto” humano, cuando ya nadie en el fondo cree en la importancia de las cosas. No tomarse en serio: esa democratización del individuo no expresa sólo un imperativo ideológico igualitario, traduce la subida de los valores *psi* como son la espontaneidad y

⁴⁷Cf. J.-F. LYOTARD, *La posmodernidad*. . . pp. 77, 86, 99-100, 112.

⁴⁸Cf. G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 136, 140, 147-150 (publicidad y humor), 151-153 (moda y parodia).

⁴⁹Cf. *ibid.* 143, 145, 154.

⁵⁰Cf. *ibid.* pp. 157-158.

la comunicación, traduce un cambio antropológico, el advenimiento de una personalidad tolerante, sin gran ambición, sin una alta idea de sí misma, sin creencias sólidas.”⁵¹

Para Lipovetsky el humor, como consecuencia última de la época del consumo, engloba la esfera del sentido social, presentando como parodia los valores superiores, que ya no dejan ninguna huella emocional profunda. Así entramos en la era democrática posmoderna que se identifica con la desustancialización humorística de los principales criterios sociales⁵².

En J. Baudrillard el humor se convierte en ironía. Desaparecido todo poder de ilusión, el “escenario” del inconsciente y de la fantasía es incapaz de consolarnos de la pérdida fundamental del “escenario” de la ilusión⁵³:

“Moral pública, responsabilidad colectiva, progreso, racionalización de las relaciones sociales: ¡tonterías! ¿Qué grupo ha pensado alguna vez eso? Los sociólogos y los ideólogos, sí, y los políticos (...). Si nuestra perversión consiste en que jamás deseamos el evento real, sino su espectáculo, jamás las cosas, sino su signo y la burla secreta de su signo, ello significa que no tenemos tantas ganas de que las cosas cambien, es preciso también que este cambio nos seduzca(...). Es que esta pulsión burlona nos libera del terror.”⁵⁴

La ironía preserva las cosas de la confusión, porque filtra las palabras, los espíritus y los cuerpos, filtra los conceptos y los placeres. Quizá, piensa Baudrillard, para verlo todo con más optimismo haya que sustituir por fin la eterna teoría crítica por una teoría irónica. Así a la seriedad, con que los sondeos y estadísticas tratan lo social, se le contesta con la ironía feroz de su propio fracaso, porque la masa, como objeto, se resiste a entregar su verdad a los manipuladores. De esta forma los sondeos funcionan como espectáculo de la información, y, por tanto, como burla de la información, pero sobre todo como burla de lo político, porque en su humor involuntario borran cualquier credibilidad política. La masa sabe que no sabe nada y no tiene ganas de saber. Sabe que no puede nada, y no tiene ganas de poder. Y se le reprocha esta señal de estupidez y pasividad. Pero para Baudrillard la masa delega soberanamente la facultad de elegir a otra persona por una

⁵¹ *Ibid.* p. 160. En la misma línea se mueve el pensamiento de R. Rorty en *Habermas and Lyotard on Post-modernity*, p. 38.

⁵² Cf. *ibid.* p. 162.

⁵³ Cf. J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, p. 53.

⁵⁴ *Ibid.* pp. 79-80.

especie de juego de irresponsabilidad, de desafío irónico, de "involuntad" soberana⁵⁵.

Y frente al amor que busca, según Baudrillard, aislar del mundo a la persona amada, borrar sus huellas, desposeerle de su sombra, arrastrarle a un futuro homicida, él prefiere la seducción. Y así hace el elogio del objeto sexual, porque sólo el objeto es seductor. Por eso la mujer, como objeto sexual en su indiferencia triunfal, sigue siendo dueña del juego y no hace más que reforzar su soberanía irónica: la mujer es el extásis irónico del deseo del hombre⁵⁶. Y ante el poder enigmático del objeto frente al sujeto Baudrillard propone buscar otra axiomática, diseñar otra lógica, desarrollar otras estrategias, dejar campo libre a la ironía objetiva⁵⁷. Acaba su reflexión, compleja y paradójica, con afirmaciones permeadas de pesimismo:

"De todos modos, hay algo de estúpido en nuestra situación actual. Hay una cierta estupidez en el evento bruto, a la cual el destino, si existe, no puede dejar de ser sensible. Hay una cierta estupidez en las formas actuales de verdad y de objetividad de las que una ironía superior no puede dejar de dispensarnos. Todo se expía en uno u otro sentido. Todo se juega en uno u otro sentido. La verdad no hace más que complicar las cosas.

Y si el Juicio Final consiste, como todos sabemos, para cada uno de nosotros, en salvar y en eternizar un instante, sólo uno, de su vida, ¿con quién compartir este fin irónico?"⁵⁸

5. La tentación del nihilismo: la cultura del "vacío"

"(...) ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis."⁵⁹

Con la imagen del desierto Lipovetsky intenta expresar esa inmensa ola de "desinversión" por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se están vaciando

⁵⁵Cf. *ibid.* pp. 85, 93, 96-99, 104.

⁵⁶Cf. *ibid.* pp. 105-111, 113-119, 130, 134-137.

⁵⁷Cf. *ibid.* p. 204.

⁵⁸*Ibid.* p. 205.

⁵⁹G. LIPOVETSKY, *o. c.* pp. 9-10.

progresivamente de sustancia: una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en un organismo abandonado. El saber, el poder, el trabajo, el ejército, la familia, la iglesia, los partidos . . . han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles, y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada. Y sin embargo el sistema funciona, pero por inercia, en el vacío, controlado por los "expertos", que son los únicos que todavía quieren inyectar sentido allí donde sólo reina un desierto apático, porque la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia puede desplegarse sin patetismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores. El individualismo y la liberación del espacio privado lo absorbe todo: cuidar la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de "complejos", esperar las vacaciones. Ya resulta posible vivir sin ideal, sin un objetivo trascendente⁶⁰.

Pero hay que pagar un precio: "Cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la *vulnerabilidad*."⁶¹

Y cuanto más invierte en el Yo, como objeto de atención e interpretación, mayores son la incertidumbre y los interrogantes. El Yo se convierte en un espejo vacío: imposibilidad de sentir, vacío emotivo, desustancialización final. Así van emergiendo individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua avalancha de modelos, propuestos por la publicidad y los medios de comunicación⁶²:

"Así es: frente a un mundo delirante, sólo existe el ultimátum del realismo. Eso significa que si queremos escapar a la locura del mundo, también hay que sacrificar todo su encanto. Al aumentar su delirio, el mundo ha incrementado el precio del sacrificio. El chantaje a lo real. Hoy, para sobrevivir, la ilusión ya no cuenta, hay que aproximarse a la nulidad de lo real."⁶³

Para G. Vattimo los rasgos de la existencia en la sociedad capitalista tardía, desde la mercantilización total y el agotamiento de la "crítica de

⁶⁰Cf. *ibid.* pp. 35-36, 38, 40-41, 51. A la misma conclusión llega J. Baudrillard analizando con su peculiar estilo la obesidad, el terror, lo obsceno, el teatro (cf. *Las estrategias fatales*, sobre todo pp. 51-52, 65). Cf. igualmente sobre la actual sobrevaloración de lo privado H. BEJAR, *El ámbito íntimo*, pp. 163-231.

⁶¹G. LIPOVETSKY, *o. c.* p. 46.

⁶²Cf. *ibid.* pp. 56, 76, 107.

⁶³J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, p. 195.

las ideologías” hasta el “descubrimiento” lacaniano de lo simbólico, no representan sólo los momentos apocalípticos de una *Menschheitsdämmerung* (ocaso de la humanidad), de una deshumanización, sino que son además provocaciones y llamadas hacia una posible experiencia humana nueva, en la que el nihilismo sería nuestra última oportunidad⁶⁴.

Pero un nihilismo “light” en la interpretación de J. L. Pinillos. En realidad debería ser un nihilismo radical la respuesta a los innumerables “des” que describen el desmoronamiento de la modernidad: deshumanización, deconstrucción de la subjetividad, desmejoramiento de la realidad, debilitamiento del saber, despedida de la vida, disolución de la conciencia, decepción del intelectual, descomposición de la moral, desvencijamiento de la civilización, desfondamiento del ser. Pero lo que al parecer aguarda es un mundo más ligero, donde nadie tendrá que despeñarse por los abismos insondables de la nada. El nihilismo posmoderno carece de tragedia⁶⁵.

Conclusión

El adjetivo “posmoderno” sirve de etiqueta para realidades culturales y fenómenos sociales muy complejos, pero que tienen en común una actitud crítica ante el proyecto de la modernidad ilustrada⁶⁶. Para unos la posmodernidad representa la ruptura con la modernidad. Para otros la posmodernidad está en continuidad crítica con la modernidad, intentando superar sus aporías y contradicciones. En el fondo la sensibilidad posmoderna representa la pérdida de confianza en la razón, la crítica de los proyectos de la ilustración, el desencanto frente a los ideales no realizados. La sospecha se instala por doquier, se abandona la heroica resistencia de Prometeo, y se vive en la frustración irónica de Sísifo, en el hedonismo de un Dionisos individualista, o en la seducción seductora de Narciso.

Con el rechazo de los fundamentos ontológicos, que fragmenta la ética en microéticas, que dificultan seriamente el consenso sobre los fines y el compromiso social crítico, el pensamiento posmoderno puede acabar definitivamente en los brazos del neoconservadurismo político y económico⁶⁷. Sin una adecuada dimensión histórica, frente a la absolutización del presente

⁶⁴Cf. G. VATTIMO, *El fin de la modernidad*, pp. 27-32.

⁶⁵Cf. J. L. PINILLOS, *o. c.* p. 8.

⁶⁶Frente a la modernidad como proyecto emancipador podemos comprobar hoy tres posturas fundamentales: La neoconservadora (sobre todo en D. Bell), la reformista (especialmente en J. Habermas) y la posmoderna (en su versión del “posmodernismo de resistencia”, entre otros, de Lyotard).

⁶⁷Cf. para una información sobre el pensamiento neoconservador el número monográfico

y con el abandono total de las utopías, la posmodernidad está abocada a la fragmentación existencial y epistemológica, a la indiferencia vital, al individualismo hedonista y narcisista, al relativismo ético y a la estetización superficial de la vida. Pero debemos reconocer como aspectos positivos su crítica de la razón instrumental de la modernidad, que ha creado un mundo burocratizado e injusto, su apertura tolerante al pluralismo cultural, su aceptación de las diferencias, que facilitan la comprensión y promoción de las minorías sociales, su esfuerzo por recuperar el humor, el gozo, el deseo, la imaginación, la vida cotidiana.

La posmodernidad, como realidad socio-cultural, es ambigua, permite diversas lecturas y está llena de interrogantes. Pero al menos nos dibuja, con trazos a veces confusos, el perfil del mundo occidental y nos desvela la nueva sensibilidad que va creciendo en nuestra sociedad. Como creyentes, desde nuestra originalidad cristiana, podemos y debemos entablar un diálogo, sincero, abierto y crítico, con la posmodernidad.

Antonio Jiménez Ortiz

de la revista *Concilium* n. 161 (1981), el trabajo de A. MAESTRE SANCHEZ, *¿Qué es neoconservadurismo?*, *Sistema* n. 73 (1986) (con una entrevista con H. Dubiel), y el artículo de J. GARCIA ROCA, *La cultura neoconservadora*: *Iglesia Viva* n. 134-135 (1988) 137-162.